

VIII Foro Iberoamerica: Bicentenario: Oportunidades y Desafíos

Oportunidades y Desafíos Sociales

Mediador: José Cláudio Escribano (Argentina)

Roberto Teixeira da Costa (Brasil)

José Luis Machinea (Argentina – CEPAL)

Fernando Haddad (Brasil – Ministro de Educación)

Quisiera cumplimentar a los organizadores de este VIII Foro Iberoamerica, agradecerles por la honrosa invitación y saludar a los miembros de esta mesa.

No es posible dejar de reconocer, en las ponencias de los que me precedieron ayer y hoy, el énfasis que es dado, en diferentes grados, a dos cuestiones de la mayor relevancia: educación e integración.

En el caso de esta última, fueron subrayadas las tareas relativas a la integración física, en una clara referencia al deficit de infraestructura que marca nuestro continente. Por lo tanto, infraestructura y educación, que son consideradas por los actuales gobiernos nacionales como áreas prioritarias de actuación del estado para el desarrollo nacional, también son vistas, por lo menos por las personalidades de ese Foro, como áreas que deberían recibir atención de los gobiernos para la promoción de la integración regional.

Se esta cuestión parece suficientemente bien tratada, cabe duda sobre el alcance del buen momento económico que la región vive. Serán persistentes los elevados precios de las materias primas que permitan a la región disminuir su vulnerabilidad externa y, en algunos casos particulares, como el de Brasil, zerar su deuda externa pública? Continuaremos logrando acumular reservas cambiales a niveles records, manteniendo la inflación controlada? El flujo externo de inversiones extranjeras continuará positivo?

Tenemos que agir como si la respuesta a esas preguntas fuese un sonoro NO. No podemos permitirnos estar equivocados más

una vez contando con el pretexto de la deterioración del escenario externo. Naciones y regiones se desarrollaron a lo largo de la Historia, a pesar del escenario externo. Y si quisiéramos transformar nuestra región, debemos prepararnos para cualquier escenario externo.

Tomemos el caso de la educación, uno de los temas centrales de este panel. El horizonte parece promisor. Todos los países de la región están, en alguna medida, involucrados en reformas educacionales. Algunos, hace más de una década. La participación de algunos de nuestros países en programas internacionales de evaluación de estudiantes revela la distancia que separa la adquisición de competencias y habilidades en nuestra región a la de países desarrollados. Si es verdad que vivimos en la era del conocimiento, esa brecha compromete el futuro de nuestras sociedades. Hoy la separación entre materia prima y producto elaborado no es tan obvia como en el pasado. Un producto *in natura* puede incorporar ciencia y tecnología equivalente a productos sofisticados. Un producto manufacturado puede, en virtud de la difusión del conocimiento para su producción, equipararse a una *commodity*. El elemento clave pasa a ser el *quantum* de ciencia no socializada incorporada al producto. Por lo tanto, cuando hablamos de educación, hay que preguntarse de qué educación hablamos.

En primer lugar, es necesario rescatar a un viejo concepto que, a pesar de eso, en nuestro continente, aún parece revolucionario. Educar es permitir la emergencia de subjetividades críticas y autónomas en el contexto de un mundo culturalmente reproducido y recreado por el lenguaje y por el trabajo. El concepto central de esta definición es el concepto de autonomía.

Nuestros países en general tuvieron su formación histórica marcada por por lo menos dos de tres rasgos característicos: esclavitud, patrimonialismo estatal y reaccionarismo religioso. En el caso del Brasil, los 3 rasgos están presentes en nuestra historia. Tal vez un caso único, con la excepción de Cuba. Esos rasgos marcan la historia de la educación en el continente. Muchas veces,

los que critican la falta de espíritu emprendedor e inventivo en la región no se dan cuenta de que nuestro sistema educacional no prepara las nuevas generaciones para la creación científica y artística y la recreación de valores éticos y morales.

Educar para la autonomía es combatir permanentemente el dogmatismo, la intolerancia y el prejuicio. Significa transmitir contenidos de manera que el educando pueda, frente a ellos, tomar una distancia crítica, con el fin de reelaborarlos. Esa orientación se torna aún más premente en el momento en que la ciencia es incorporada a la producción de manera endógena. La ciencia, hace más de medio siglo, se consolidó como factor de producción. Eso tiene repercusiones importantísimas para la educación profesional y para la educación superior.

En el caso de la educación profesional, la revolución tecnológica en curso exige la reformulación de nuestros cursos técnicos de nivel medio y tecnólogos de nivel superior. La vieja escuela de artes y oficios no tiene papel transformador en la actualidad. El paradigma mecanicista está superado por las nuevas formas de organización del trabajo. En el caso de la enseñanza media, para enfrentar a los desafíos contemporáneos, los proyectos pedagógicos deben prever una interacción profunda entre educación profesional y educación científica. El joven que aprende una profesión no puede ser privado del conocimiento de sus fundamentos. Los cambios tecnológicos vertiginosos exigen un trabajador capaz de adaptarse permanentemente a diferentes contextos productivos, lo que sólo es posible por el dominio de los fundamentos científicos que constituyen la base de las profesiones.

El estudio de las humanidades se torna imprescindible para fomentar el espíritu crítico y creativo que los tiempos modernos exigen.

En el caso de la educación superior, *mutatis mutandis*, los desafíos no son menores. Nuestra cultura bacharelesca y livresca necesita ser substituída por un ambiente más libre y productivo. Nuestros currículos son tan rígidos que prácticamente impiden la movilidad académica de profesores y estudiantes. En un contexto

en el cual las fronteras entre áreas del conocimiento se disipan y nuevas áreas se conforman, los itinerarios formativos en nuestras universidades siguen extremadamente rígidos. El desperdicio de recursos y talentos es desproporcional a nuestra capacidad de financiar la expansión de la educación superior.

A pesar de eso, nuestras universidades aún demuestran una capacidad extraordinaria de producción científica. Brasil ocupa el 15° lugar en el ranking de la producción científica mundial, acercándose rápidamente de Rusia. Respondemos por 2% del conocimiento producido en el mundo y formamos 10 mil doctores por año. Sin embargo, ese enorme potencial de un lado, no llega a la escuela pública; de otro, no llega a las fábricas.

Tenemos, por lo tanto, dos puentes a construir. Una entre la educación superior y la educación básica, otra entre la educación superior, sobre todo el posgrado, y el mundo del trabajo. En cuanto a la primera tarea, es necesario hacer una autocrítica. Durante décadas, nuestro continente convivió con el discurso que oponía la educación superior a la educación básica. Esa oposición trajo consecuencias dañosas para la educación básica, que ese mismo discurso pretendía proteger.

El ejemplo más elocuente del daño causado se refiere a la cuestión central de la formación de profesores. Mientras países como Finlandia y Corea invirtieron fuertemente en la formación de un magisterio de nivel superior, nuestros países, en regla general, vivieron un período de deterioración de la formación de profesores, sobre todo de la red pública. Brasil, por ejemplo, cuenta con un inestimable déficit de profesores de física, química, biología y matemática en cantidad y calidad compatibles con la incontornable tarea de mejoramiento de la educación básica pública.

En cuanto a la segunda tarea, algunos equívocos necesitan ser superados. Uno escucha frecuentemente la afirmación de que los individuos en América Latina no son innovadores, especialmente los empresarios. Como ya he sugerido, si eso fuese verdad, una parte de la responsabilidad cabería al sistema educativo, que no

educa para la autonomía. Pero, por otro lado, es necesario reconocer que empresarios innovadores sólo surgen donde el ambiente económico está organizado para eso. Nuestros países todavía no crearon lo que en la literatura se conoce por sistema nacional de innovación, compuesto por universidades, agencias de investigación y fomento y departamentos de investigación y desarrollo de empresas. Ese sistema, donde estructurado, cuenta con un conjunto de incentivos que promueve y valoriza la innovación. Por lo tanto, al contrario de lo que una visión simplificadora puede sugerir, cabe al estado agir para que ese sistema se constituya. Leyes de incentivo a la investigación, presupuesto público adecuado y asociaciones público-privadas son indispensables para lograr ese objetivo.

Termino señalando algunas providencias que me parecen indispensables para el mejoramiento de nuestro sistema educativo.

La calidad de la educación básica depende, en primer lugar, de una coalición suprapartidaria que la tome como prioridad del estado y no como acción de gobiernos.

En segundo lugar, las experiencias exitosas sugieren que es necesario garantizar la participación de las familias, o sea, la educación debe transformarse en un valor social. Ya se ha dicho que no hay democracia duradera sin educación pública universal de calidad. El paralelo entre educación y democracia, sin embargo, no se limita a eso. De la misma forma que no hay democracia donde no se la toma como un valor, tampoco hay educación de calidad donde no se la toma como valor. Democracia y educación son eventos históricos que demandan, de un lado, entendimiento de las camadas dirigentes, y de outro, comprensión y movilización por parte de toda la sociedad.

El camino adoptado por algunos de nuestros países, en ese sentido, parece promisor. La construcción de una cadena de responsabilización, basada en el seguimiento de la evolución de nuestros sistemas educacionales, puede generar un círculo virtuoso entre evaluación, eficiencia en la gestión, más financiación, mejor performance.

Sobre financiación, es necesario considerar los esfuerzos que muchos de nuestros países están haciendo en el sentido de aumentar las inversiones públicas en el área educativa como proporción del producto interno bruto.

Parecemos concientes de que si deseamos superar nuestro retraso educativo, tenemos que inversionar en educación por encima del promedio de los países desarrollados. Y eso por dos razones. Nuestro ingreso *per capita* es más bajo y nuestra deuda educactiva es más alta, en comparación con los países ricos.

Por fin, un comentario. Escribí, con Daniel Filmus – *aprovecho para cumprimentarlo por su brillante victoria electoral en el Senado de la Nación Argentina* –, un artículo intitulado “La integración se dará por la educación”. Aprovecho entonces para establecer un vínculo entre educación e integración. Nuestra integración depende del nacimiento del ciudadano latinoamericano. Y el nacimiento del ciudadano latinoamericano depiende de como educamos a nuestros jóvenes y nuestros hijos.

Presenté al Presidente Lula la propuesta de creación de una Universidad volcada para los temas de integración, que será basada en la Triple Fronteira brasileño-argentina-paraguaya, en Foz de Iguazú. El proyecto prevee no solamente que los procesos selectivos de alumnos y profesores sea bilengüe, sino tambien que los conocimientos y competencias exigidos no sean específicos de Brasil, sino de la región como un todo. Su objetivo es la formación de dirigentes que piensen la integración, desarrollen la integración y transformen el sueño de la integración en realidad.

El Plan de Desarrollo de la Educación en Brasil dialoga con todos los desafíos que esta ponencia preliminar abordó. Lanzado en abril, por el Presidente Lula, él cuenta hoy con el entusiasmo de un largo espectro de fuerzas políticas en el país. Esperamos perfeccionarlo, a lo largo de sua ejecución, inclusive en el diálogo con os países hermanos.